

EN PUNTO

materiales se confía enteramente a una cuestión de métodos y procedimientos que son los que forman el cuerpo de doctrina. Que aquel sistema se haya definido como espiritualista y éste como materialista es algo que hay que considerar simplemente como una polución del lenguaje. Pero si se pierde de vista que la clave es precisamente la contraria de los enunciados admitidos, no será posible entender la situación internacional.

En la época más aguda de la diferencia entre Francia y Estados Unidos, en la época del desdén del general y de la retirada estratégica de la OTAN, el juego de capitales entre Francia y Estados Unidos, la correlación de técnicas y procedimientos, no se rompió nunca en la forma en que se rompieron los lazos materiales entre la URSS y China —y Albania y, antes, Yugoslavia— cuando fallaron las relaciones ideológicas. Por eso es relativamente fácil, hoy, una restauración de nuevo estilo en las relaciones franco-americanas como las que pueda significar este viaje de Pompidou, y esa conservación de las aparentes diferencias de comportamiento en problemas concretos como, por ejemplo, el de Oriente Medio. La pedrada del rabino, en este caso, no es más que pasional y sobre todo ingenua. En la actitud del alcalde de Nueva York, Lindsay,



no hay más que un problema de contabilidad electoral —ha contado para su elección, y volverá a contar, con los dos millones y medio de judíos que son sus conciudadanos— revestida de problema espiritual o ideológico. Cuando Francia explica su actitud diciendo que la venta de aviones a Libia es para evitar la llegada de armamento soviético y para mantener una presencia en el Mediterráneo, donde está ya la flota soviética, no proclama una actitud distinta de los Estados Unidos al apoyar a Israel. El día en que un grupo de naciones occidentales lleguen a controlar la acción y la economía de los países árabes, mientras otro grupo igualmente occidental controla los de Israel, se habrá llegado a una excelente división del trabajo, a un buen reparto de papeles en la comedia de la que quedará excluido el personaje no deseado, la Unión Soviética. Ese día se podrá dar la sensación, como ya se está produciendo ahora, de que en el mundo de Occidente hay una crisis de alianza. Pero la alianza va por dentro.

Indudablemente, hay un juego superior. El juego superior está en que esa división de trabajo, ese reparto de papeles, tenga como protagonistas a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. Más o menos, se está representando en varios lugares del mundo. Pero el aspecto ideológico de la Unión Soviética no se ha deteriorado aún tanto como para hacerla representar convenientemente este papel, que podría ser básico. En este fallo es donde se introducen países como Francia, como Alemania Occidental y otros, con el deseo de no perder su ocasión ni su «occidentalidad».



De cómo en el país más rico del mundo se es pobre con 48.000 pesetas.

U. S. A.

UNA RECESION CONTAGIOSA

En EE. UU. están pasando bastantes cosas inquietantes. Desde hace más de un año están siendo utilizados todos los frenos de la economía americana. Por sexto mes consecutivo, la producción industrial americana descendió en enero en un 7 por 100. Los portavoces oficiales niegan la recesión, pero «Times» escribe: «Digan lo que digan los economistas oficiales, los hombres de negocios saben que están cogidos en una depresión bastante seria». Lo mismo opinan los expertos independientes. La particularidad de esta recesión es que no podrá ponerse fin al alza de los precios, la cual se calcula en un 4 por 100, tirando por el optimismo.

La producción de coches ha descendido en un 20 por 100 en un año. A principios de febrero cerraba la General Motors 17 fábricas durante una semana. Quedaron en paro unos 120.000 obreros. De las dieciocho fábricas de Ford, pararon nueve durante una semana. En Seattle, la Boeing despedirá a sus obreros a lo largo de un año, a un ritmo de 1.500 al mes. La industria de la construcción está virtualmente paralizada.

La pesadilla de millones de americanos amenazados de paro es la de perder la casa a causa de la inflación. Nos equivocamos si pensamos que los salarios americanos permiten un margen de seguridad. Según el Bureau of Labor Statistics, el mínimo de subsistencia para una familia de cuatro personas se calcula en 565 dólares al mes. Los obreros de la región ganan en esta región 544 dólares por término medio.

Se argüirá que se incluyen gastos superfluos. No: el asalariado medio americano mejor pagado que un obrero, gana 780 dólares al mes. Ciento ochenta dólares se le van en impuestos y seguro de enfermedad. En alojamiento, 110 ó 120; en co-

che, 100. Los plazos de frigoríficos, otros 15. Quedan de 285 a 375 dólares. Si, como es corriente, la familia vive a 50 ó 100 kilómetros del lugar de trabajo o del centro de la ciudad, hay que añadir un mínimo de 60 dólares de gasolina al mes (un coche americano consume 25 litros a los cien kilómetros), más 70 dólares de un segundo coche: éste es, en efecto, indispensable. La mujer lo necesita para llevar a los niños a la escuela (situada a 6 ó 15 kilómetros de distancia) y para hacer la compra (el supermercado dista de 5 a 10 kilómetros). Quedan, pues, entre 155 y 245 dólares mensuales para comida, ropa, etcétera.

Si se tiene en cuenta que un litro de leche cuesta 0,31 dólares; un huevo, 0,075 dólares; una manzana o una pera, 0,20 dólares; una pampelmusa, 0,40 dólares; un kilo de chuletas de cerdo, 3,10 dólares; un tubo de dentífrico, 0,80 dólares, se comprenderán mucho mejor declaraciones como éstas, publicadas en el conservador «U. S. News and World Report»:

Un contable, que gana 600 dólares mensuales (en comparación con los 400 dólares que ganaba dos años antes): «No vivimos mejor. Cuando mi mujer me dijo que los huevos cuestan ahora a 0,80 dólares la docena, le sugerí que los suprimiera. En lugar de huevos como "cornflakes". Ya no nos traen la leche a domicilio, sino que vamos nosotros mismos a buscarla. Es más barato. Hemos renunciado a los filetes de ternera que comíamos una vez al mes... Creo que se acercan tiempos muy duros... Preveo una revolución económica: la gente va a marchar sobre Washington».

La mujer de un matemático californiano, furibunda porque su alquiler acaba de aumentar en un 12 por 100 (es ahora de 135 dólares), ataca a los «monopolios sedientos de beneficios. Son ellos los princi-

pales responsables del alza de los precios».

Un técnico neoyorquino (1.250 dólares mensuales, 200 dólares de alquiler) declara que ha sustituido la leche fresca por leche en polvo, más barata, que vende su viejo Volkswagen y que renuncia a comprar una lavadora. Concluye: «Hay que terminar con la guerra de Vietnam; hay que instituir un control sobre los precios y los beneficios. Hacen falta medidas radicales para poner fin a la inflación».

UN HAMBRE INSACIABLE

En este tipo de declaraciones, los frecuentes ataques contra «los beneficios» y las «big corporations» constituyen una novedad: desde hacía veinte años, por lo menos, no se habían oído denuncias públicas semejantes. Se creía generalmente que los americanos estaban convencidos de que los beneficios de los grandes «trusts» eran buenos para el país, que generaban prosperidad. Es sorprendente el viraje que se ha dado en este sentido. Se explica por las cifras siguientes: en el espacio de ocho años, el producto nacional americano ha aumentado en un 71 por 100 (en dólares corrientes); la producción industrial, en un 52 por 100; los salarios obreros, en un 37 por 100. La capacidad adquisitiva de los obreros y de los empleados no ha aumentado nada desde 1963.

Dicho de otro modo, la producción ha aumentado considerablemente en cuanto a valor y a volumen, las ganancias lo mismo, pero la masa de los asalariados, aun ganando más dólares que nunca, vi-

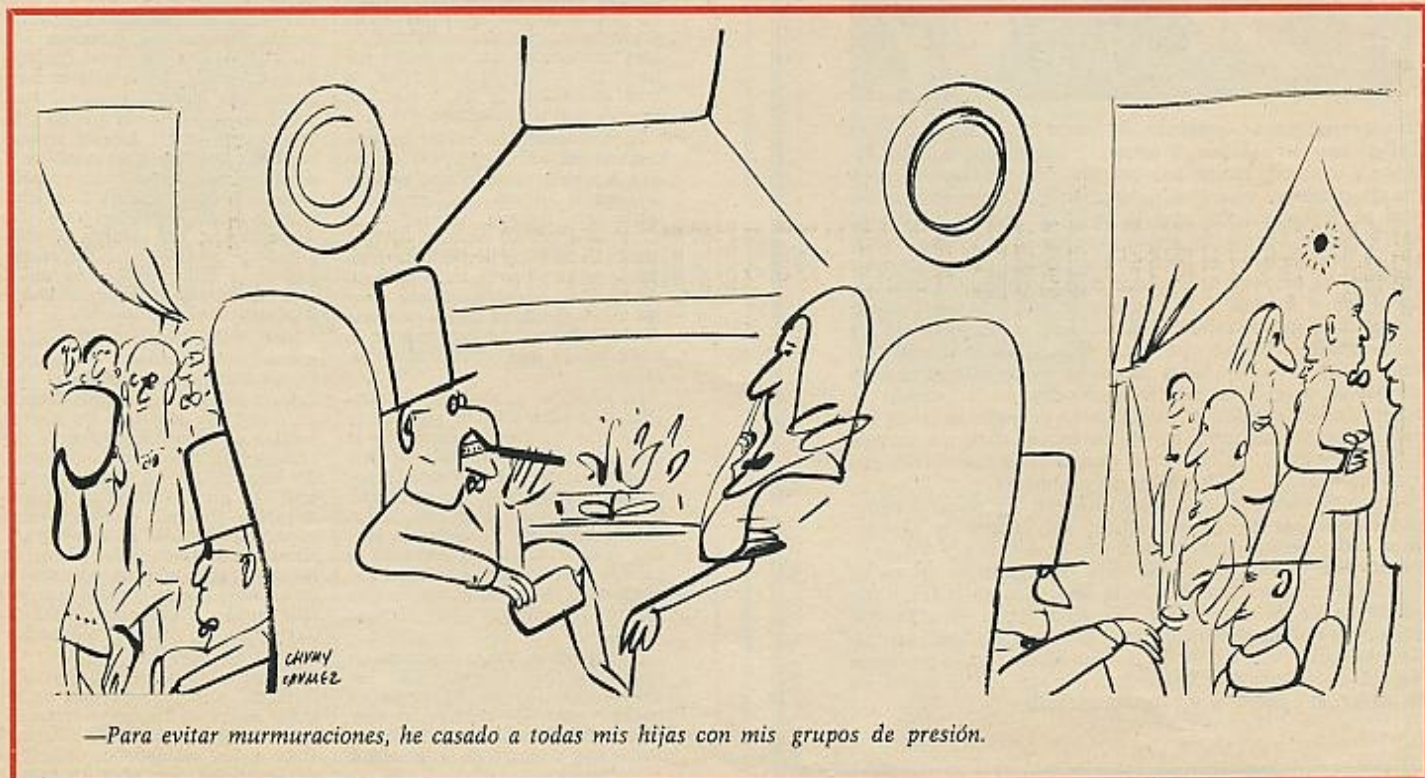
ven peor que antes. ¿Razón? Sin duda, que la masa creciente de beneficios ha sido utilizada para la sustitución, cada vez más rápida, de los equipos fijos de la industria: principal motor del crecimiento, la carrera de innovación tecnológica se ha embalsado, provocando un hambre insaciable de capitales, una elevación cada vez más rápida de los precios industriales (10 por 100 en 1969). Pero este tipo de «crecimiento por el crecimiento» no ha sido capaz de mejorar el nivel de vida, la calidad de la vida. Las cruzadas contra la polución, contra la degradación del entorno, contra la intoxicación del consumidor, y también las escaramuzas que se produjeron el mes pasado cuando los transportes públicos de Nueva York volvieron a aumentar sus tarifas, expresan más o menos confusamente una insatisfacción profunda, que puede llegar hasta la contestación radical del «American way of life».

Al producirse en este clima la recesión, una recesión que no pone fin a la inflación, podría muy bien provocar nuevas convulsiones raciales, pero también sociales. Tales explosiones, algunas de las cuales se han producido ya de manera espontánea en los últimos meses (y no solamente entre los negros, víctimas de una feroz represión), no tendrán al principio un carácter revolucionario. No obstante, la efervescencia que se está apoderando de los Estados Unidos es debida al sentimiento, muy extendido, de que las cosas no funcionan bien y que se hacen necesarias grandes transformaciones. ■ MICHEL BOSQUET.

HACIA EL EJERCITO VOLUNTARIO

En los estudios que una comisión formada al efecto está realizando se acentúa cada vez más la tendencia a suprimir el servicio militar obligatorio en favor de la creación de un ejército de voluntarios. La doctrina principal consiste en sostener que la voluntariedad en la defensa armada del país forma parte de la naturaleza de la sociedad y de los principios políticos de los Estados Unidos, y que únicamente ha debido ser modificada en virtud de las dos grandes guerras mundiales, de la guerra fría y de las intervenciones en Corea y Vietnam. Un regreso a lo «normal» debe estar marcado por un regreso al servicio militar voluntario. La condición de patriotismo elevado que se supone en todo soldado es realmente válida —dice la comisión— cuando éste lo ejerce libre y voluntariamente y no por coacción. «Un regreso al ejército enteramente voluntario fortalecerá nuestras libertades, evitará cualquier desigualdad impuesta ahora en la expresión del patriotismo, que nunca ha faltado en nuestra juventud, promoverá la eficacia de las fuerzas armadas y enaltecerá su dignidad». Desde un punto de vista económico, se supone que alistar obligatoriamente a los jóvenes supone emplearles pagándoles un 60 por

ciento de lo que podrían ganar en la vida civil. Esto es, se considera como una especie de «impuesto en especie» que grava solamente una parte de la nación, precisamente aquella parte que está obligada a poner en juego su vida para defender a los demás. La comisión propone que la paga del soldado, que actualmente es de 180 dólares mensuales —13.600 pesetas—, se eleve a 315 dólares mensuales —22.000 pesetas— para atraer mayor número de voluntarios. En los casos de urgencia en que fuese necesario, se llegaría a la movilización obligatoria, pero para ello el Presidente tendría que contar con la aprobación del Congreso. Es curioso que los adversarios del ejército voluntario se opongan también en nombre de la democracia y la libertad: temen que un ejército voluntario fuese demasiado «militarista», demasiado profesional, puesto que todos sus miembros tendrían como ideal exclusivo la vida militar, mientras que un ejército de recluta obligatoria hace participar en él a todas las clases de la nación durante un período limitado, es decir, manteniendo en todos sus miembros un sentido de «futuro civil», lo cual le da un equilibrio considerado como más democrático.



—Para evitar murmuraciones, he casado a todas mis hijas con mis grupos de presión.